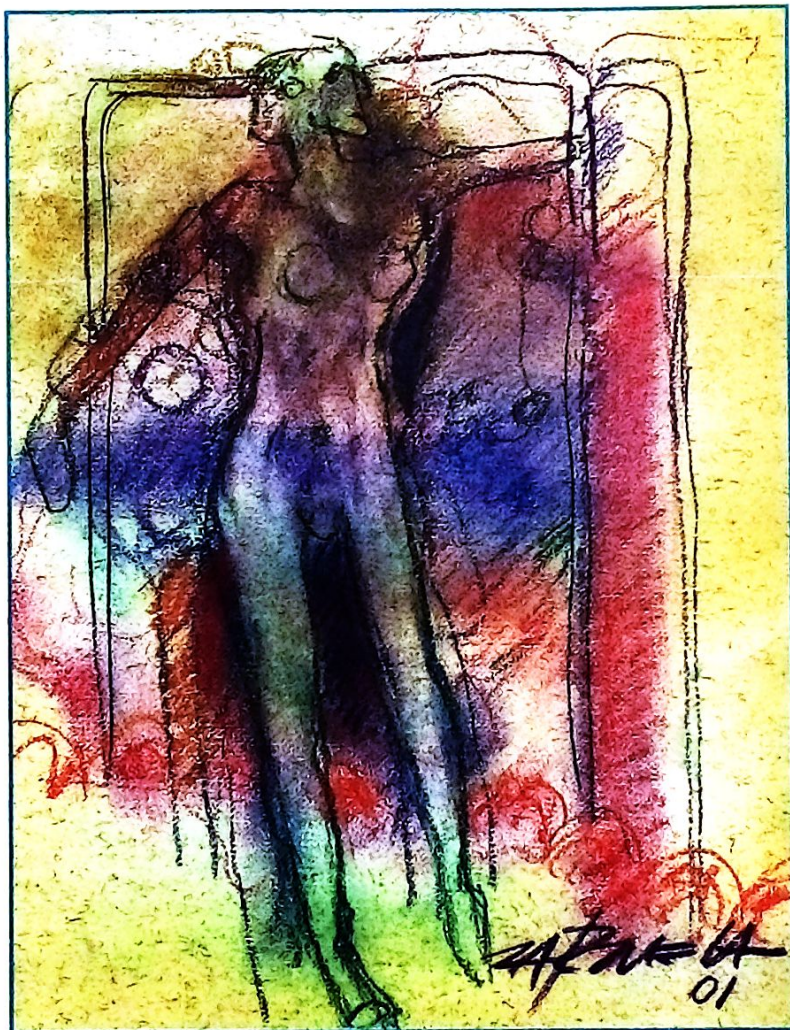




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Jesús Urzagasti • Sergio Gareca • Tambor Vargas • HCF Mansilla • Mario Frías
Eduardo Chirinos • Jaime Nisttahuz • Aristimuño

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XX n° 503 Oruro, domingo 2 de septiembre de 2012





Modelo. Técnica Pastel
Erasmio Zarzuela

Un día un muerto

He vivido mucho pero no lo suficiente para entender a los muertos para comprender por ejemplo que alguien se llame Honorato y renuncie al encierro de su voz en un sanatorio de Buenos Aires lejos de los paisajes paraguayos que colindan con la tierra natal los ojos volcados hacia penumbras que al fin se iluminan la mano sobre jazmines que crecieron a la vera de otros cerros el corazón rodeado de graves desconocidos que nunca envejecen.

Ninguna vida alcanza para sentir el milagro de los recuerdos y no hay soledad ni ceremonial en la sorprendente soledad ajena salvo materiales que golpean lo inasible con su forastera hermosura.

El viento de hoy no es la brisa que repentinamente se amansaba entre la felicidad de los imprudentes y el aroma de los naranjales. Afuera quizás sigue navegando la lujosa llanura de la noche. Vastas poblaciones de difuntos reanudan su fervorosa marcha orillando un país sin duda inútil pero cuajado de luceros y mientras encerrado en su voz enmudece como un viajero dormido me resucitan otra vez las muchas vidas que forman a un muerto.

Jesús Urzagasti. Escritor. Provincia Gran Chaco-Tarija, 1941.



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende

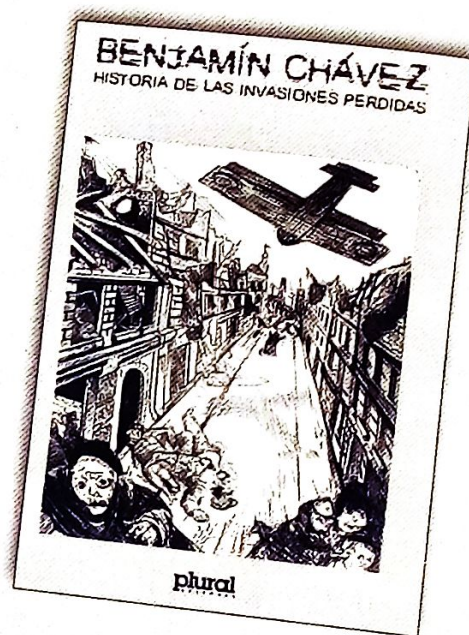


El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.



Sospechoso clima de paz

Crónica de lectura a "Historia de las invasiones perdidas", nuevo libro de Benjamín Chávez



Benemérito de una esfera oscura, pretexto de mundo, cualquier mundo, un no-mundo, tan idéntico a éste, queda un niño ileso con heridas-vida. La asistencia a mirar la deslumbrante noria de un proyector viejo de filmes en sepia. La nostalgia por el futuro que describe Teillier o, bajo el mismo concepto, la nostalgia de una realidad posible pero fantástica. Hay un guerrero presente, uno cualquiera, en cualquier parte, que mira clarear la luz por la ventana, que recuerda su infancia o que mira, muy presente, como una civilización se cue (¿la suya, la nuestra?). La frivolidad de acontecer en tiempos de paz con armas en mano. "Ojalá te toque vivir tiempos históricos", dice una maldición china. Hoy que sobrevivimos en el desastre imperceptible, las ruinas son otras. Precautos de un daño inexistente, sabemos que estamos heridos por el tiempo, con un miedo infantil, con la ventana abierta a la fría inspección de la intemperie, buscando esos años intactos, a salvo. Es la vida en unísona guerra y paz, la paz maliciosa. Queda el después de la razón, la historia no contada, la invasión que nadie recuerda, aquella que tomó posesión de nosotros sin que lo supiéramos, como tampoco sabemos que estamos vencidos por la ignorancia de nosotros mismos, de ese "yo" deshabitado, tan natural en todos los tiempos. Sufriendo apego y desapego, abandono y partida, todos al asalto nos sentimos poderosos en la fragilidad del poder, o la posibilidad del poder para ese niño capitán siempre vencedor y guerrero. Aún ahora, ésta es la civilización de las heridas, que se recuerdan y no. Crecer es descubrir que podemos perder la guerra en cualquier momento. Así es y fue la historia. Ahora es el simple descanso de la expectación, esperar un segundo aire, para volver al corazón inflamado, a la formación en apronte. Ése es el clima del nuevo libro de Benjamín Chávez, un juego muy serio, en él podremos movernos sigilosos entre los escombros, en la post guerra, abundantes en lo incierto. Los invito a despertar en la irradiación al tam tam de esos tambores.

Sergio Gareca



Desde mi rincón

Universidades católicas: ¿Bastión o pesadilla?

TAMBOR VARGAS

No hace falta repetir aquí cosas archisabidas, como que la universidad como institución de enseñanza, debate y producción de ideas y conocimientos es un fenómeno medieval en cuyo nacimiento y consolidación la Iglesia Católica tuvo el papel decisivo. Y que la Iglesia Católica, con altibajos dependientes ante todo del grado de tolerancia de los regímenes políticos imperantes, las ha mantenido hasta nuestros días; y que hasta nuestros días no ha dejado de fundar otras nuevas por los continentes del planeta.

Dicho esto, queda todavía por preguntarnos cuál es en la actualidad la 'salud' de tales universidades católicas. Y lo primero que nos viene a la mente es que su existencia no ha podido aislarse de la de la Iglesia en su conjunto; y en este tema nos sale al encuentro el tema de la influencia que sin duda ha tenido la atmósfera que ha venido prevaleciendo después del Concilio Vaticano II (el llamado 'postconcilio', entendido como algo parecido a un 'concilio permanente popular'). Si en dicha mentalidad había que desmontar cualquier manifestación de 'poder', las universidades católicas parecían prestarse a ello; como también se prestaban en cuanto fortalezas de confesionalidad (entendida como indeseable, pues chocaba con las metas de un presunto ecumenismo). Por otro lado, las universidades católicas eran una piedra en el ojo de quienes se habían apuntado a un todavía naciente 'laicismo radical', cuya meta es la desaparición de cualquier tipo de confesionalidad del ámbito público.

Ya vemos, pues, que a las universidades católicas les han venido amenazando factores tanto internos católicos como externos sociopolíticos e ideológicos. Si a esto le añadimos la disminución del personal de las órdenes religiosas que habían fundado y administraban muchas de ellas, podemos imaginar sin grandes dificultades que dichas universidades católicas cada vez más se han convertido en 'monstruos': de aspecto nominalmente católico, pero con un contenido cada vez más confundible con el de cualquier otra universidad del mundo. Como si en esto hubiese consistido su verdadera y buscada 'homologación': que su 'catolicidad' fuese lo menos perceptible posible y, sobre todo, que no plantee dificultades a la hegemonía mundana. Y esto tanto por la fuerza imparable de unos hechos como por efecto de unos deseos subliminales, poco formulados en alta voz o, por lo menos, encubiertos con la mayor dosis de eufemística o equívocidad consciente.

La arremetida laicizante a mansalva de las últimas décadas (una verdadera *kulturkampf*) ha disparado también una mayor conciencia dentro de la Iglesia Católica. Y esta mayor conciencia puede resumirse en una consigna: la Iglesia sólo puede y debe mantener universidades propias si éstas son verdaderamente católicas (en el supuesto, claro está, de que una 'universidad católica' deba ser empíricamente reconocible). Una cosa, sin embargo, es lo que el magisterio y el gobierno vaticanos han dicho, enseñado y decidido... y otra cosa es lo que han hecho los responsables de las diversas universidades con el nombre de católicas. Naturalmente, la divergencia no siempre se ha situado en la cuestión fundamental y principista de su substancia católica, sino en mil y un temas en los que cualquier universidad, sus dirigentes o sus profesores se pronuncian en la actividad cotidiana.

Con este telón de fondo, uno puede entender un poco mejor el rosario de situaciones que se han venido dando por diversos puntos del mundo: una vez es la Notre Dame University por invitar a un abortista como Obama (entonces recién elegido presidente) para que pronuncie el discurso central en el acto de graduación de fin de curso; y esto a pesar de las advertencias y oposición de diferentes representantes de la jerarquía eclesial y del personal mismo universitario. Otra vez es la Universidad Javeriana, de los jesuitas colombianos,

donde uno de sus profesores de teología ha manifestado públicamente su 'tolerancia' abortista, recibiendo el respaldo de la universidad como tal; o cuando la Carrera de Psicología hizo público su apoyo para que los llamados 'matrimonios' homosexuales, no sólo fueran legalmente reconocidos como tales, sino para que además pudieran adoptar niños como 'hijos'. También la Georgetown University, en manos de los jesuitas, ha sido causa de preocupación o de indignación: esta vez se trata de la invitación a la ministra de salud de



Obama, Sibelius (una de las autodeclaradas 'católicas por el derecho a decidir') y se supone que uno de los mayores responsables de la ley de Obama que obliga a todas las empresas a financiar el 'derecho' al aborto de sus empleados; esta vez, la invitación persistió a pesar de la protesta del arzobispo local. El famoso autor octogenario de *El Exorcista*, William P. Blatty, ex-alumno de la universidad, no sólo ha expresado su protesta, sino que ha hecho un llamado a los alumnos y ex-alumnos de Georgetown para que pongan fin a tales conductas. Y en España, los obispos han exigido a la Pontificia Universidad de Comillas, de los jesuitas, el retiro de uno de sus profesores de 'bioética' luego que defendiera la aceptabilidad del aborto en determinadas situaciones. La historia podría continuar porque se puede hablar de una situación en la que el 'escándalo' puede saltar a la prensa en cualquier momento...

Dentro de este contexto, quizás haya quienes no vean nada extraordinario en el conflicto que envuelve a la Pontificia Universidad Católica del Perú; pero por lo menos hay dos circunstancias que lo singularizan: por un lado su duración (más de dos años en forma crítica); por otro, el carácter global del conflicto, pues no se trata de un profesor atrevido o díscolo, sino de la entidad como tal, en toda su organicidad. No hace falta entrar a detallar las vueltas y revueltas que ha tenido el conflicto: parece que todo empezó cuando su Gran Canciller (el Arzobispo de Lima) exigió el cumplimiento del testamento de su principal fundador para que un representante arzobispal ejerciera el deber y el derecho de control de los bienes; pero empezó a adquirir aires de rebeldía cuando la Santa Sede exigió el cumplimiento de una disposición general para las universidades católicas del mundo: la adaptación de sus estatutos a la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* (de 1990). Su rector y la asamblea universitaria una y otra vez se han negado a dar cumplimiento a lo mundano; lo han hecho de una

forma típicamente andina: sinuosamente. Unas veces alegando una legislación peruana presuntamente protectora; otras, el derecho a la 'libertad de cátedra'; otras, rechazando la presunta movida 'conservadora' del arzobispo Cipriani (que, siendo del Opus Dei, no puede ser otra cosa ni tiene derecho a cumplir sus obligaciones). El Vaticano envió un Visitador Apostólico; de su informe salió una orden perentoria que ponía plazo final a las dilaciones; la universidad pidió ampliar el plazo; así se hizo, pero vencida la prórroga, no hizo más que ratificarse en su rebeldía. Y en julio pasado llegó la decisión de la Secretaría de Estado: la Pontificia Universidad Católica del Perú no podrá seguir usando ni lo de 'Pontificia' ni lo de 'Católica' mientras no corrija su forma de conducirse, que en los hechos tiene poco de 'católica'. Por supuesto, hasta ahora sus representantes siguen declarando que no piensan hacer ningún caso de aquella orden pontificia.

Un hecho sorprendente en este conflicto es que hasta hace poco tiempo de la Pontificia Universidad sólo se oían las monótonas voces rebeldes 'oficiales'; y uno se preguntaba si no había disidentes en sus filas. Últimamente, un profesor de primera hora, De la Puente Candamo, ha hecho oír su posición de inequívoco enfrentamiento a los órganos representativos. Todavía más recientemente, un jesuita obispo emérito ha dado a conocer una carta 'guerrillera' contra el Primado y a favor de los universitarios insubordinados; carta que más de uno podrá considerar indigna de un mitrado. Por su parte, los jesuitas peruanos también han difundido una carta, más 'modosita' en la forma, pero de fondo solidario con los rebeldes: lo hacen por medio de aquel estilo ambiguo que tradicionalmente se ha atribuido a la Orden.

Ésta es la pesadilla en que se han acabado convirtiendo las 'universidades católicas' para los responsables de la Iglesia. Claro, no es un fenómeno por sí mismo, separado del resto de la vida eclesial. Sólo quien piense en las cosas que han dicho y escrito muchos teólogos durante el último medio siglo; o las cosas que ha practicado el clero en las celebraciones litúrgicas; o los sánetes escenificados en innumerables monasterios o conventos; o los extravíos de que han hecho espectáculo los seminarios; etc. 'Diálogo con el mundo', 'ecumenismo', 'legítima laicidad', 'evangelización de la cultura y la ciencia' y varias otras etiquetas (convertidas en consignas perentorias) tendrían mucho que explicar y permitirían entender mejor el ambiente en que se han dado aquellos conflictos. Todos coincidirían en un concepto 'permisivo' y 'a la carta' de la confesionalidad. Y entonces uno no puede dejar de preguntarse: ¿para qué quiere la Iglesia universidades entendidas así?

Y más de un obispo y de un cardenal y de un superior general de órdenes religiosas debería preguntarse si puede esperar otras tempestades de los polvos que, cada uno cuando le tocaba, han ido sembrando. La historia enseña que la anomia no es el fruto de la libertad, sino sólo el punto de llegada del libertinaje anarquista. Y donde éste se impone en la Iglesia, no puede seguir hablando de 'iglesia', ni de 'fe', ni de 'comunión', ni de 'autoridad', ni de 'disciplina', ni de 'derecho'. ¿Será capaz la Iglesia de recuperar sus propias verdades?



La compleja relación entre juventud, cultura

Investigaciones sociológicas realizadas en numerosas sociedades concuerdan en que las principales pautas de orientación de los jóvenes en la actualidad son las modas dictadas por los medios masivos de comunicación. Esto ha sido así a lo largo de los últimos ciento cincuenta años, pero lo específico de la situación contemporánea reside en su alcance casi universal y en su inclinación materialista. No es productivo insistir en esta temática deprimente, pues muchos estudios, basados en fuentes empíricas, coinciden en que los jóvenes del presente se consagran al consumismo desenfrenado, al hedonismo mercantilizado, a la indiferencia política y a la falta de ideales altruistas. Estas tendencias sobrepasan fácilmente las diferencias y las barreras que antes significaban los estratos sociales, los orígenes étnicos y las prácticas religiosas. Es necesario señalar que convenciones muy similares en torno a los excesos juveniles se oyeron ya en la Atenas clásica de Sócrates, lo que, por supuesto, devalúa el dramatismo de las críticas de hoy en relación con esta temática.

Basado en argumentos de notable peso, Mario Vargas Llosa afirmó que la cultura juvenil celebra la "frívola levedad de la vida" en todo el planeta. El rol central que corresponde al consumo de alcohol y drogas y la indiferencia por asuntos públicos serios parecen avalar esta opinión. Según Vargas Llosa, los jóvenes de nuestros días no desprecian la cultura porque ni siquiera se han enterado de que existe. Esta es, manifiestamente, una exageración, pero lo que sí es cierto es que, por ejemplo, hoy los jóvenes acuden a las universidades para seguir carreras comerciales muy alejadas de la investigación científica y de los genuinos esfuerzos intelectuales. El interés de ellos es claramente tecnocrático: prefieren carreras convencionales y estudios rutinarios que posteriormente les brinden un acceso privilegiado a la burocracia estatal y a las empresas privadas. Parece que otros problemas —la cultura propiamente dicha, el destino del ancho mundo, las amenazas ecológicas, la fealdad de las grandes urbes, la ética social— están muy alejados de sus preocupaciones cotidianas.

Estas afirmaciones poseen obviamente un carácter generalizador y, como tales, simplifican una realidad más variada y compleja. Pero sin un mínimo de generalizaciones nos hallaríamos en dificultades para decir algo que no sea la mera reproducción de múltiples casos fácticos y no podríamos adquirir algunos indicios teóricos que nos ayuden a orientarnos en la selva que es la vida contemporánea. Todas estas aseveraciones deben ser entendidas, por lo tanto, como hipótesis provisionales para ir avanzando en el áspero campo del conocimiento de nuestras sociedades.

En un intento de hacer justicia a una realidad compleja y apelando a mis propias experiencias, quisiera establecer algunas diferencias entre esta juventud consagrada exclusivamente a la "frívola levedad de la vida" y aquella de escasamente medio siglo atrás. Entonces la juventud tenía valores normativos que la distinguían de la actual, o por lo menos así me imagino esta constatación que ya tiene carácter histórico. Con anterioridad a la actual masificación globalizada, la juventud representaba una edad incomparable por varios motivos, no sólo a causa del aura misteriosa que circunda e ilumina esta hermosa edad. Aunque parcialmente, en ella ardía el fuego de la utopía y la renovación sociales. La generosidad y el desprendimiento constituían rasgos

valiosos de su carácter. La mentalidad juvenil aun se hallaba abierta hacia los tesoros del conocimiento y la cultura. Es obvio que hablo del pasado, embellecido probable-



mente por la distancia y la nostalgia. No compartí nunca los designios mesiánico-marxistas que abrazó la generación de 1968, pero me gustaba el entusiasmo, el desprendimiento y la ilusión que irradiaba. Los jóvenes de entonces acariciaron quimeras y sueños proclives al engaño y al totalitarismo, pero también favorables a la esperanza de un mundo mejor.

Lo más rescatable de aquella juventud era su curiosidad hacia otros mundos y otras épocas, es decir el deseo desinteresado de ampliar sus conocimientos. Todavía era usual el admirar las grandes obras del arte y la literatura. ¿Quién entre los jóvenes lee ahora obras extensas de literatura o visita voluntariamente un museo? Muy pocos, por cierto. Existía el anhelo de entender los grandes proyectos civilizatorios que estaban lejos de la vida diaria. Sobre todo en el ámbito universitario alemán, en el cual me formé entre 1962 y 1974, flotaba un resto del clásico vínculo entre *eros* y *logos*: la liberación sexual andaba de la mano de posiciones políticas progresistas. Luego todo esto fue uniformado, desnaturalizado y envilecido por la globalización comercializadora que ha invadido el planeta.

Las modas juveniles poseen también una fuerte incidencia sobre el terreno de las relaciones públicas y la conformación de la democracia contemporánea. La expansión de las actuales pautas recurrentes de comportamiento, que tienden a aplanar los valores colectivos de orientación y a uniformar las ideologías, predispone al advenimiento de un nuevo autoritarismo. En casi todos los países del planeta la juventud es la vanguardia de la aceptación de valores y conductas originadas en los centros metropolitanos, sin diferencias notables entre ellas. Al suponer que la cultura popular es democrática y espontánea, se hace una contribución involuntaria a una mayor estulticia social. Al aceptar como positivos e inescapables los rasgos fundamentales del orden social hoy prevaleciente en cualquier latitud cultural, se admite igualmente (1) un modelo civilizatorio signado por el despilfarro y la irracionalidad a largo plazo, (2) la acción manipuladora de los medios de comunicación y (3) el predominio de élites tecnocráticas, cuya habilidad reside precisamente en autojustificarse democráticamente mediante los partidos de masas.

El juego democrático auténtico y pluralista es socavado paulatinamente por las formas específicas que ha adoptado en nuestros días la cultura colectiva, prefigurada, como se mencionó, por formas juveniles de la misma. La propaganda po-

lítica electoral, la estructura de los partidos de masas y las actividades de los medios de comunicación promueven conductas de marcado carácter infantil e infantilista mediante la inclinación a simplificar temáticas complejas. Estos rasgos son constitutivos del modelo civilizatorio juvenil de nuestros días, y se han convertido en fenómenos propios de la democracia moderna.

En torno a los aspectos principales de la cultura juvenil se puede aseverar lo siguiente. La autoridad derivada del conocimiento, la experiencia, la ciencia y la ética queda reducida a la calidad de una opinión entre otras. La mediocridad emerge como el compromiso constructivo y funcional en medio de un debate moroso e interminable, justamente muy democrático. Los criterios de la estética pública adoptan rasgos plebeyos y se sirven de motivos contingentes y efímeros, pero inmensamente populares y, por ello, hoy en día legítimos y casi obligatorios. Y como contraste se puede decir que las iglesias se han secularizado en tal grado que han perdido su capacidad de brindar normas y valores de orientación y se han transformado en instituciones de beneficencia pública, especialmente para los ancianos.

La actual cultura juvenil está basada en una cierta democratización en el acceso a los bienes culturales. Es imprescindible mencionar el *reverso* paradójico de este proceso: la expansión de la cultura se paga con el empobrecimiento de la misma. Por ello hay que recordar las secuelas de la industria de la cultura sobre los individuos en cuanto actores socio-políticos: la disminución de la sensibilidad y la espontaneidad de la persona, el atrofiamiento de la fantasía y la merma en la capacidad de reflexión. No quiero decir que estos sean atributos característicos e inevitables de la juventud contemporánea, pero no hay duda de que ahí se los puede detectar vigorosamente. En su conjunto, la industria de la cultura es conservadora en el sentido de preservar el *status quo* político-cultural de un momento dado: así ejerce, indirecta pero efectivamente, funciones de poder, creando sobre todo dilatadas lealtades de las masas con respecto a valores que no son puestos en cuestionamiento. La industria de la cultura manipula y deforma las necesidades de la población, no sólo en el campo del consumo masivo, sino también en el terreno de las alternativas programáticas. Es arduo encontrar algo espontáneo y romántico en la cultura popular, como lo propugnan ahora los apologistas del postmodernismo. El individuo como ser autónomo se convierte en algo residual e ilusorio; ninguna democracia que merezca ese nombre puede realizarse con ovejas.

En resumen: la cultura juvenil de la actualidad puede ser calificada de conservadora en sentido de rutinaria y convencional, aunque sus formas externas sean multicolores, exageradas y radicales. El efecto final es un uniformamiento de ideas matrices e imágenes cotidianas, con lo cual la dimensión del futuro (político, programático, cultural) se empobrece. La sobresaturación mediática con fragmentos informativos de dudoso valor específico provoca la apatía de los votantes, entre otras cosas porque desaparece la diferencia entre votar y ser encuestado. Además: el desplazamiento de la política desde el foro clásico y otras instancias de reflexión hacia el espectáculo televisivo (y, en general, hacia el plano audiovisual) lleva a que la política se contagie del carácter de los medios y se vuelva algo temáticamente efímero, intelectualmente ligero, fácilmente digerible. Las imágenes fugaces tienen preeminencia sobre lo inteligible y lo reflexivo: con esto está dicho casi todo. Pues la transitoriedad de la información impide normalmente la formación de una memoria adecuada, y sin ésta no se da fácilmente una solidaridad de largo alcance. La política se ha convertido, como dice Franco Gamboa Rocabado, en esra-

y democracia

tegrías de teatralización, que tratan de impresionar al público a través de expresiones dramáticas y otros mecanismos de manipulación de sentimientos, para conseguir la adhesión del público o inducirlo a una cierta toma de posición sobre una determinada política sometida a ese presunto control desde abajo. Esta adhesión es intrínseca en el sentido de que no deja ver la verdadera intención de los actores políticos. Y así la democracia queda desvirtuada por su propia trivialización, anticipada por la cultura juvenil.

La aspiración de comprender mejor la vida social no es algo tan absurdo —es decir: sin réditos materiales— como parece hoy. En la esfera de las relaciones entre grupos y naciones, por ejemplo, la humanidad recorre senderos que alguna vez ya han sido probados o imaginados por alguien. En este sentido y particularmente en los terrenos de la política y la ética, la historia sigue siendo la maestra de la vida. En el presente no existe casi nada de aquel impulso de conocer mejor la propia sociedad y las ajenas. Los pocos jóvenes que hoy se dedican a disciplinas humanistas quedan seducidos por teorías postmodernistas y por los llamados estudios postcoloniales, corrientes que exhiben una inclinación convencional a mezclar un marxismo tercermundista muy diluido con argumentos enmarañados, difusos y abstrusos. Mediante una fraseología complicada estas modas intelectuales quieren hacernos creer que elaboran pensamientos complejos. Lo criticable de estos enfoques es, sobre todo, su carácter previsible. Si las conclusiones están ya predeterminadas, faltan los elementos de sorpresa y admiración, y, por ende, la posibilidad de aprender algo genuinamente nuevo.

Hugo Celso Felipe Mansilla.
Doctor en Filosofía. Académico de la Lengua



Theatrum ginecologicum: Filosofía del guión femenino de Blithz Lozada Pereira



*Prólogo a la obra por el Director de la Academia Boliviana de la Lengua,
correspondiente de la Real Española, D. Mario Frías Infante.*
"El Duende" publicó inicialmente fragmentos del libro en las ediciones 495 a la 499

Estoy profundamente agradecido con Blithz Lozada Pereira por haberme distinguido al encomendarme la redacción de un breve prólogo para su presente obra titulada *Theatrum ginecologicum: Filosofía del guión femenino*.

El título del libro está redactado en términos latinos. *Theatrum* en la lengua de los clásicos romanos, era el nombre con el que se designaba el lugar destinado para juegos o diversiones públicas, también, y más específicamente, el lugar donde se está a la vista de todo el mundo, donde se presentan espectáculos frente a un determinado público. Así, Marco Tulio Cicerón nos dejó escrita esta expresión: *Populi sensus maxime teatro et spectaculis perspectus est* ("la percepción del pueblo, sus sentimientos, se descubren principalmente en el teatro y en los espectáculos"). Fabio Quintiliano dijo: *Maiore se teatro dignum putat* ("se cree digno de figurar en un escenario de mayor nivel") (1).

Pero el término latino es un préstamo del griego θέατρον, derivado, a su vez, del verbo θεάομαι que es fundamentalmente contemplar y, de ahí, considerar; mirar; examinar; admirar. También reconocer, comprender y ser espectador (2). En cuanto al segundo componente del título, *ginecologicum*, hay que decir que se trata de una creación posterior fabricada con piezas de origen griego y forma latina. γυνή, γυναικῶν: mujer y λογικόν, referente a la palabra o el discurso; razonable, racional, lógico. En la lengua griega antigua no existió la palabra γυναικολόγικον. Se trata de un compuesto moderno con el significado de "perteneiente o relativo a la ginecología", es decir a una "parte de la medicina que trata de las enfermedades propias de la mujer" (3). Como sufijo, λογία, confiere el significado de estudio y tratado. Así, "geología" es el estudio de la tierra, "astrología", estudio de los cuerpos celestes.

En el libro de Lozada, ¿cuál es el contenido de la expresión *Theatrum ginecologicum*? El mismo autor explica en la introducción de la obra: "La filosofía —dice— es un teatro donde surge un escenario de simulacros con figuras espectrales, ídolos instantáneos y apariciones inconexas. En las mismas tablas... el feminismo entendido como movimiento ideológico y político con contenido histórico y social es otro teatro yuxtapuesto al anterior... como *theatrum ginecologicum* ostenta... sus propios guionistas y vedettes, sus fantasmas, manías y fobias. Cuenta con telones de fondo, a veces maniqués y diorámicos, focaliza sus antihéroes, sustantiva sus heroínas y construye lugares comunes a fuerza de repetirlos".

El largo recorrido que Lozada realiza por el curso de la historia y de la filosofía, con amplio dominio de la materia e imitable destreza en su manejo, desde los albores hasta la contemporaneidad, le permite develar la condición de "cautiverio" que en la civilización occidental afecta a la mujer. Se va sucediendo la serie de "telones de fondo" en el escenario del *theatrum ginecologicum* en el que la mujer, inmersa en una sociedad de corte patriarcal, "se constituyó en lo otro que solamente llegaría a ser alguien gracias a la acción del varón". El espectador no puede sino quedar sorprendido al encontrarse con que la voz protagonista en este escenario es la voz no femenina sino masculina.

Entre los componentes de la obra reclama especial atención el de la mitología, habida cuenta de su importancia en cuanto es



"un fenómeno cultural" totalmente determinante para el ejercicio y desarrollo de la facultad de pensar del humano y, consecuentemente, de la adquisición de conciencia de sí mismo. Luis Cencillo, en su obra *Mito, semántica y realidad*, afirma que "los mitos se caracterizan por ser respuestas a las cuestiones más profundas y graves que un grupo humano puede plantearse: las de sus propios orígenes, su destino, el origen de las estructuras fundamentales de la existencia, el mundo, la realidad, el más allá de los poderes trascendentes y transhumanos".

Lozada realiza una adecuada lectura interpretativa de los mitos y destaca las relaciones existentes entre, por ejemplo, la raza áurea descrita por Hesíodo y el mito bíblico del primer hombre como habitante y dueño del Edén. Asimismo, la analogía entre la desaparición de la raza dorada, tras el destronamiento del dios Cronos, por acción de Zeus, sucediéndose a aquella una segunda raza, la de plata, sujeta al padecimiento de afanes, fatigas, enfermedades y finalmente la muerte, y el mito también bíblico de la expulsión del paraíso con todas las penalidades mencionadas en el Génesis. Por último, no puede pasarse por alto la inapreciable cualidad de este libro en lo que concierne al manejo del lenguaje: no sólo correcto sino rico en el uso de estructuras sintácticas y morfológicas y, de forma muy especial, en la amplitud de vocabulario, empleado con rigurosa propiedad.

(1) Véase de Raimundo de Miguel Nuevo diccionario latino español etimológico.

(2) Véase de Florencio Sebastián Yarza Diccionario griego español.

(3) Diccionario de la lengua española. Real Academia Española.



Eduardo Chirinos

Eduardo Chirinos. Lima-Perú, 1960. Ha publicado los libros de poesía: *Cuadernos de Horacio Morell*, (1981); *Crónicas de un ocioso* (1983); *Archivo de huellas digitales*, (1985); *Rituales del conocimiento y del sueño* (1987); *El libro de los encuentros*, (1988); *Recuerda, cuerpo...* (1991); *El equilibrista de Bayard Street* (1998); *Naufragio de los días - antología poética 1978-1998*, (Sevilla, 1999); *Abecedario del agua*, (2000); *Breve historia de la música*, Premio casa de América de Poesía, Madrid, 2001; *Ex-crito en Missoula* (2003) y *Derrota del otoño, Antología personal*, Guadalajara, 2003.



La lluvia

Vengo de una ciudad donde jamás llueve,
donde el cielo es (como dicen) color-panza-de-burro
y el mar una invisible telaraña
que enreda y confunde el horizonte.
Esta tarde llueve en New Brunswick
y me he asomado a la ventana
para contemplar otras lluvias.
Aquella en Madrid, por ejemplo,
donde el agua nos llegó hasta las rodillas
y seguimos caminando plaf plaf como si nada,
o aquella que nos sorprendió en Tumbes
con sus balsas y caimanes
navegando un bosque de palmeras.
¿Qué decir del chaparrón
que echó a perder la sepultura de Dante?
Pero esa es una lluvia literaria.
Como decir que duró cuarenta días
o que llora suavemente en mi corazón,
que no es verdad.
Es otra la lluvia que recuerdo.
Fue hace muchos años,
el agua salpicaba la tierra
y formaba un barro azul y misterioso.
Era el silencio que me enseñaba sus metáforas,
su laborioso lenguaje
deshaciéndose una vez más sobre las piedras.

El color de los atardeceres

Atardecer naranja
con sus nubes ruidas
y su sol que alumbra todas las palabras.
Una gasolinera exhibe un dinosaurio
(aquí hubo dinosaurios)
y una pradera inacabable.
¿Dónde aprendí todo eso?
Descartemos las nubes, son siempre
las mismas. Descartemos el sol,
presa fácil de todas las metáforas.
Nos queda la naranja.
Algunos dicen que vino de la India
donde era alimento de los dioses.
Otros, que vino de Persia o de Arabia
igual que el nombre y su color.
Virgilio la llamó "aurea mala"
y la dejó caer en una égloga.
Colón la tuvo entre sus dedos. Por ella
descubrió que el mundo era redondo
y que viajando hacia el Poniente
llegaría (como el sol) hacia el Levante.
Ahora estamos solos. Yo y la naranja.
Cuesta siglos decir atardecer naranja.

Moon of the falling leaves

Luna de las hojas que caen. O mejor,
luna entre las hojas muertas.

¿Con qué imagen puedo nombrar el otoño?

La luna cubre para siempre las hojas,
las baña con un frío resplandor. Y si caen
no es para morir, sino para brillar mejor.

Todo en la caída brilla mejor. Tu silencio

brilla conmigo esta noche y yo
no quiero hablar del otoño
ni de las hojas que caen, ni de la luna.

Me digo para consolarme
que toda muerte es regeneración, que la tierra
se tragará las hojas, que las volverá árboles
o pájaros, tal vez nubes o arroyos.

Pero la luna es insistente y brilla
y dice que volverá a mirarme,
como siempre, entre las hojas muertas.

El milenio está a punto de acabarse

Pero las estaciones todavía se cumplen, la tierra continúa
girando y los peces abren y cierran sus bocas como hace si-
glos. En algún lugar de la India los tigres machos luchan entre
sí por el amor de las tigres hembras y en un bosque cercano los
conejos devoran las mismas plantas y raíces que alimentan la
tierra. Debería hablar de la contaminación y del petróleo, de-
bería hablar de plagas innumerables, del hambre que devasta

poblaciones, de niños mutilados por nubes radiactivas. Pero
estoy aquí, escribiendo este poema, midiendo sus palabras,
eligiéndolas con amor y con cuidado, con cólera y con resen-
timiento. Entonces me miro en el espejo y sólo veo tinieblas,
un vacío culpable en la página en blanco.

Escribo esto porque me siento solo. Porque las palabras
me han abandonado. Porque ella no estará más.

Eduardo Chirinos reflexiona sobre su libro *Los largos oficios inservibles*: Autores como Borges, Paz, Cernuda, nos han enseñado que ambas activi-
dades vienen de una fuente común: la lectura. Y no me refiero únicamente a la lectura de libros: se puede "leer" una película, una fotografía, una
persona, un paisaje. Tal vez los antiguos tenían razón y el mundo no es más que un gran libro que espera ser leído. Además todo escritor (de
novelas, de cuentos, de dramas o de poemas) es antes que nada un lector, y de los más exigentes y severos, pues está guiado por su propia
búsqueda y ésta es insobornable. Nunca entendí a los escritores que tienen la desvergüenza de alardear que no leen, pues sólo en la lec-
tura crítica se afina una escritura crítica. ¿Qué entiendo por crítica? No el conocimiento detallado de tal cual o teoría, sino la capaci-
dad de proponer una lectura que entre en diálogo con la tradición y hacerla viva, es decir, integrarla a nuestra experiencia, o rechazarla.
Tal vez por eso los textos críticos que más me interesan son aquellos que se proponen como una conversación entre lectores. Éste
es uno de los temas de *Los largos oficios inservibles*, un libro que podría definir conceptualmente como una conversación sobre
la literatura y la vida.

Un escritor



Cautelosamente la señora entreabre la puerta del estudio, tienes visita Raymundo. El hombre, sin dejar de teclear, que pase, que pase.

El periodista pregunta. Raymundo, se pasa lentamente una mano por la calva, mira hacia el techo, y como si de allí descolgara las palabras, responde, apretándose contra el respaldo de la silla lo mismo que si fuera un trono. Un momento, alza el dedo índice, y hace detener la grabadora. Se levanta y con las manos cruzadas atrás pasea como un mariscal, casi monologando. No, no, no, eso no va a grabar. No va a entenderlo la gente. No es lo mismo que en la embajada. Son cuestiones para las que no está aún preparada la masa.

En la librería, no soltabas el cigarro mientras vendías un disco o un libro; ni siquiera cuando contabas dinero hablando con alguien. Esa ridícula autosuficiencia te impide ver un desaffo en la hoja blanca. Estás tan convencido de escribir bien, que es muy difícil que realmente lo hagas así, porque has anulado tu sentido autoerótico. Has escuchado cómo para otros escribir es casi un ritual, que no pueden hacerla desaprensivamente. Te vanaglorias de haber contenido la carcajada, de haber nada más sonreído ante semejante tontería.

Luego de tomar una taza de café con el periodista, y habiéndole como desde un pedestal, el escritor lo despides palmándole el hombro.

Sentado frente a la máquina de escribir, se lo ve algo vencido.

Se pasa la mano por la barbilla como si quisiera ordeñar ideas. Mira los libros de su biblioteca tan uniformemente empastados, que parecen conformar otro muro contra su ambición de fama y gloria. Apoya las manos en, el viejo escritorio como si quisiera apoyarse en el mundo. Va a colocar otro disco. Tango. Aumenta el volumen. Comienza a bailar solo, tarareando. Golpean la puerta. Corre hacia su escritorio. Sí... Está demasiado fuerte la música, Raymundo. Concesiones, concesiones, murmura bajando el volumen. Y recuerda cómo escribía en el comedor, antes de tener su gabinete.

No quería ni que una mosca volara. Vigilaba subrepticamente con el matamoscas junto a él. Sus hijas refan viéndolo perseguirlas, desesperado, por la habitación. Si no era un carraspeo, el entrecejo fruncido lograba que su mujer se llevara a las niñas, murmurándoles reproches, fingidos, mayormente. Casi todos caminaban alrededor suyo de puntillas. Casi todos hablaban o se entendían por señas y guiños. Él carraspeaba como un monarca, sonriendo íntimamente.

En el ómnibus, Raymundo llevaba cuidadosamente apretado contra el pecho, algo mal envuelto en periódicos. En determinado momento hizo zafar y caer el paquete al piso. La gente se apartó ante el desbarajuste. Tuvo que apartarse más aún, al ver que era una calavera despartamando la sonrisa. La recogió, mirando huidizamente a los pasajeros, con mucho cuidado, como si levantara a su misma abuela. Alguien dijo, es un loco. Otro, no, es ese escritor al que le gusta llamar la atención con sus extravagancias...

Te gustan las mujeres de pechos grandes; tanto, que algún amigo dijo que era a causa de haber sido destetado prematuramente, que tenías nostalgia de lo perdido. Lo que no pueden averiguar es por qué te gustan las mujeres grandes, las mujeres que te hacen pensar que... te encuentras sobre un bote en medio del mar.

Nuevamente colocas esa música vivaz que te arrebató la máscara de seriedad. Tan endurecida a veces, como en la conferencia o cuento que hiciste sobre la elaboración de tus libros. Un pretexto más para hablar vanidosamente sobre tu vida. Cuánto te regodeaste al relatar cómo la prensa de Filipinas te llamó descendiente de los incas. Fruncías la boca melindrosamente al decirlo, con el dejo que trajiste de la Argentina: Qué esperanza, no podía desmentir a esa gente.

¿Qué significa para usted escribir? Y bueno, e como estar con una mujer ¿no? Su madre, por ejemplo... Noo, che. Pará, pará. E otra cosa. ¿Usted cree que lo que escribe está bien escrito? Y bueno, mis obras tienen demanda. Tengo una carta felicitación del Papa y una tarjeta del mejor jugador de fútbol

del Perú... ¿Es importante o no para el escritor tener una cosmovisión? Claro, quienes entendemos la mayestática vindicación de lo escatológico, debemos poseer un parámetro imperecedero. ¿Con qué se come eso? ¿Cómo dice?

El hombre recuerda el regalo que le hicieron anónimamente cuando dirigió una revista en Cochabamba. Una pequeña tijera de yeso. ¿Era tanto realmente lo que citaba? ¿Usaba tanto la tijera? ¿Carecía en verdad de ideas? Envidiosos. Envidiosos porque había publicado varios libros y especialmente por la extensa biografía novelada. Más de veinte años meditando, declaró a la televisión, más de veinte años conviviendo con Audifaz, finalizó guiñando coquetamente. ¿Por qué no declaraste que esa idea se la debes a un poeta? Un librero que además escriba, ya no es un simple librero, accede a otra categoría, te dijo. Inclusive, por tus conocimientos musicales te aconsejó escribir la biografía novelada de un músico ficticio, dándole hasta el título: AUDIFAZ PUEYREDÓN, EN CLAVE DE FA.

Con ese libro, lo expresaste con mucho orgullo, rectificabas tu condición de escritor; aunque tu hija mayor sonría escéptica. No puedes olvidar la noche que riñeron y te dijo: *Tu actitud de escritor me comiueve, vas a disculpar, porque hasta ahora no encuentro páginas que me convengan. Escribes de manera tan común, que cualquier hijo de vecino podría hacerlo en igual forma. No tienes estilo. Le diste un sopapo.*

Primariamente sostenías que los latinoamericanos son superiores a los europeos. Después, cuando los que llamabas blancoides (básicamente por tu color moreno más que por una idea), te dieron una embajada, llegaste a escribir que se hacía necesaria una disminución de nativos, sin aclarar si por control de la natalidad o combustión espontánea; añadiendo una larga exposición sobre la importancia de fomentar la inmigración. Mejor si de alemanes, recalcaste.

Quizá nunca debieron otorgarte ese pequeño premio. Te aturdió tanto como una mala noche. No estabas preparado contra la vanidad. Ningún logro tuyo fue capaz de superarla. Aunque no dejabas de escudarte en la autosuficiencia: son brutitos, medioeres, calificaste a los actores que interpretaron esa obra pésima y ridículamente dramática que escribiste. Y cómo te explotaste en el entierro del amigo periodista. Tu grandilocuencia y adjetivos, querían ser rayos y truenos. Te has inclinado demasiado hacia las palabras como para no amar suficientemente, te dijeron. Tu respuesta fue levantar los hombros.

El escritor comenta que ha escuchado la voz de un amigo muerto, llamándolo: Raymundo... Ven a la gloria. Ven. Te estamos esperando. Cuenta además que no era la primera vez, porque cuando era catedrático, los fantasmas de sus alumnos continuaban pidiéndole consejo sobre sus lecturas. Agrega que no puede caminar sin un libro bajo el brazo... un intelectual que camina sin libros sería como un pope (sacerdote ruso, aclara) desnudo. Aunque parezca pedantería, termina, tenemos que caminar con libros bajo el brazo, al alcance de la mano y el pensamiento.

Qué mal recibió alguna crítica la novela sobre Audifaz Pueyrredón. Pero qué astucia de Raymundo, decir que sólo era un chiste, como casi todo en la vida. ¿Veinte años para hilvanar un chiste ilegible?, murmuró alguien.

Me olvidé las llaves, dices a quienes te acompañan esta

noche. Ninguno sabe qué hacer. Y nunca falta el atleta: Yo trepo. Tú (tocando las llaves en el bolsillo), bueno, si no hay más remedio... Cómo disfrutabas esa simulación. No había luz en el zaguán. Paredes musgosas. Con qué sinuoso placer sospechabas el estremecimiento de quienes iban tocando por desconfiados las paredes: Luego en tu gabinete: Qué efecto el de tus fetos en frasco y tus búhos disecados. Después, decir a tus visitantes, lee a; eso que escribes no; la ironía no sirve; tienes que pensar de esta manera. Ya resultaba tan fácil conducirlos...

En tu afán por hacerte escritor, no significaba más que ridiculez y exageración aquello de que la verdadera escritura es como una plegaria. Jamás te ha preocupado buscar tu propio mundo, para lograr unas páginas bien tuyas, quizá hasta perdurables. Preferías publicar la mayor cantidad de libros, como si la validez de un escritor estuviera en la cantidad. Atacaste todos los géneros literarios. ¿Esa confianza tuya para escribir no se parece a lo que haces cuando vas al inodoro? ¿La literatura como trampolín hacia la fama? Como si no supieras que toda vida es hierba, y toda gloria flor del campo.

Ni siquiera has sido capaz de vivir un amor tumultuoso o clandestino; tampoco te has atrevido a embriagarte hasta casi enloquecer o perder la noción de lo que hacías. La sensatez te ha mantenido mediocre... Aunque todavía intuyes que una escritura válida sólo puede alimentarse de ser más que de hacer. Una mal entendida prudencia ha cohibido inclusive la aventura del pensamiento y la imaginación en tus escritos.

Algo avanzada la noche, tu escritura se detiene. Te frotas los ojos con los dedos. Hay una pestaña en tu dedo anular. Quieres soplarla hasta el techo, pensando que la soplas hacia las estrellas. Cae la pestaña sobre el pecho de tu camisa, justamente sobre el corazón. Crees que es un puñal. Quieres recogerla mojando el dedo en la lengua. Tu respiración la avienta. Buscas en el piso buscas. Te vence la impaciencia. Vuelves a sentarte. Pasándote la mano por la calva, levantas las cejas. Sabes que no tienes ningún derecho para menospreciar lo mediocre quien tampoco lo ha superado. Siempre supiste de tu mediocridad; que no has escrito nada importante o memorable, pero nunca has sido capaz de reconocerlo. Vuelves a colocar la música donde puedas encontrarte un poco escuchándola. Comienzas a bailar mentalmente. Cantas. Te sientes diferente... Como si tuvieras todo lo que no has podido escribir.

Esperando el microbús, ve a la gente quizá tan vacía como él.

Es consciente que se ha equivocado en lo que ha decidido como vocación, que nunca fue capaz de ir más allá de sí mismo, menos de entender a los otros en su misma piel. Como buen fracasado, se da cuenta que engañarse a sí mismo es más fácil que engañar a los demás, y que todo fracasado quiere hacer fracasar a los otros.

Opta por ir caminando. Tose entrecortadamente sobre el puño. Siente como si estuviera sobre las nubes. Camina sin encontrarse con el mundo. Llueve, llueve. Se apresura.

Llega a casa. No necesita abrir la puerta. Duermen todos. Pasa silenciosamente en la oscuridad los pasillos hasta llegar a su gabinete. No encuentra más que la tímida sombra de nada que hace él mismo, ya incapaz de estar en su cuerpo.

Jaime Nisttahuz Parrilla.
La Paz, 1942. Poeta, narrador y periodista.

EL MÚSICO QUE LLEVAMOS DENTRO

Aristimuño, una bocanada de aire fresco a la música

Entrevista al cantautor argentino Lisandro Aristimuño, realizada por Juan María Fernández (Revista Ñ de Buenos Aires), con motivo de la presentación de su reciente disco: *Mundo anfibio*

Cuando era pequeño, Lisandro Aristimuño pasaba las tardes con su guitarra criolla, sacando temas de los Beatles en una habitación perdida en Viedma, Río Negro. Tal vez por eso, por su origen patagónico, su música fue una bocanada de aire fresco para la escena porteña. En sus composiciones, el cantautor trenza, con una naturalidad sorprendente, ritmos folclóricos, *samplers*, incursiones electrónicas y toda una tradición de *rock* nacional.

El quinto disco de Aristimuño, el flamante *Mundo anfibio*, muestra su costado más roquero. Según él mismo dice, sus canciones están atravesadas por una misma problemática: la capacidad humana de adaptarse a la hostil vida moderna y sus continuas agresiones a la naturaleza. Aunque algunas de sus letras delinean un paisaje desolador ("todo se hunde en la noche", canta en la intensa "Elefantes"), Aristimuño sostiene que el disco no tiene un tono pesimista. "Por el contrario, me parece que es muy realista y positivo. La posibilidad de mutar y revertir lo que el sistema dicta, no implica una mirada pesimista, sino más bien esperanzadora", dice. El músico se presentará en Buenos Aires en el marco de la Gira Anfibia, que lo llevará a tocar en varias provincias, Chile y Uruguay.

¿Qué determinó el sonido de *Mundo anfibio*?

El sonido del disco es, quizás, más directo, crudo y carnal que el de mis trabajos anteriores. Quise poner en primer plano las guitarras eléctricas, la batería y las cuerdas. Intenté que el sonido fuera preciso y parejo y que el mensaje lírico no tuviera dobles sentidos. Cada disco tiene su personalidad. El capítulo dos de *Las crónicas del viento*, mi disco anterior, tiene un audio limpio y acústico, sin contaminación, porque su temática es la niñez. En este caso, es música para un mundo anfibio.

¿Por qué quiso hacer un álbum atravesado por un mismo concepto?

En los cinco discos que llevo editados, traté de trabajar bajo una temática o un concepto que funcione como un disparador de ideas, letras, sonidos y ambientes. Me gusta pensar los discos como películas y generar historias, personajes y una escenografía para cada canción. Me resulta más fácil verlo desde ese lugar. En este trabajo tuvo mucho que ver el nacimiento de mi hija Azul. Pude cerrarlo contemplándola en su hábitat acuático. A lo largo de la vida, uno va madurando, creciendo y mutando, y eso repercute en el oficio. Es este caso, en mi música.

¿Le resulta más fácil escribir con una idea clara en mente?

Sí, claro. Cuando tenés una idea y un guión -por decirlo de alguna manera- es más cómodo escribir, ele-

gir los invitados, producir, etcétera. En *Mundo anfibio* la temática que quería abordar era muy clara: la mutación del hombre en el sistema. De todos modos, escribir las letras me demanda muchísimo. Es el campo en el que menos capaz me siento y, a veces, sufro mucho por no encontrar el vocabulario adecuado. Para escribir algunas canciones, puedo pasar meses tachando, reescribiendo y tirando papeles.

En las letras repiten imágenes de animales, ¿hay alguna razón?

Estoy en contra del asesinato de animales, de los mataderos, de la explotación. Cada día me estruja más el corazón la falta de humanidad del hombre en su trato con la naturaleza y con los animales en particular. Incluir figuras de animales deformados es una manera de manifestarme y colaborar desde mi pequeño mundo. La idea es dar alerta de todo el mal que le estamos haciendo a nuestro planeta.

¿Cambia de algún modo su percepción de los temas al tocarlos en vivo?

Siempre intento que, en vivo, los temas tengan una vuelta de rosca más y suenen aún más directos. En los recitales hago versiones de mis canciones porque me gusta que suenen diferentes al disco. Si quisiera que suenen

iguales, preferiría que se escuchen las grabaciones, que tienen un arduo trabajo de estudio encima. Sobre el escenario, uno vive más que nada la comunicación con la gente. Creo que eso es lo que más me importa y lo más valioso de mi oficio como músico.

Viniendo de Río Negro, ¿tiene algún significado particular emprender una gira por las provincias?

Siempre intenté llegar a todo el país. El hecho de ser del interior me ayudó a construir esa visión. La gira de *Mundo anfibio* involucra a un *staff* de 15 personas: hay ocho músicos en escena, más los técnicos y los responsables de los efectos visuales. En los conciertos de esta gira vamos a contar con el equipo completo; no vamos a tocar con formaciones reducidas. Habrá cuerdas, percusión, muchas máquinas, guitarras...

Vive en Buenos Aires desde hace ya una década, ¿qué cosas ganó y perdió en este tiempo?

Acá atravesé muchas situaciones distintas y creo que todas fueron muy positivas. Lograr vivir de mis canciones es algo muy importante. Conocer de tan cerca a músicos que admiro y aprender de ellos, también es maravilloso. Quizás perdí un poco de calma, pero luché todos los días por bajar la marcha y poder contemplar el silencio.

